EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados.....,, 4 50 ,, ,,
En las Repúblicas del Sur y Centro América.....,, 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO VIII.—NÚM. 23

MÉXICO, 5 DE JUNIO DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
Un periódico mercantil y de noticias.
La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.

SOFIA CASANOVA, Poetisa española

SOFÍA CASANOVA.

Sin ningún género de duda, debía ocupar un distinguido lugar en nuestra *Galería de mujeres notables* la inspirada poetisa Sofía Casanova, cuyo retrato publicamos con gusto en el presente número.

Nacida en la hermosa Galicia, cuna de tantos ingenios, en 30 de Setiembre de 1863, trasladóse muy niña á Madrid en compañía de su bondadosa madre, ingresando desde luego en un colegio de religiosas, donde Sofía recibió la educación que se suele dar generalmente á la mujer en nuestra patria. Repetidas desgracias de familia inclinaron su ánimo á la meditación en edad muy tierna, y el infortunio prestó aliento á la joven poetisa gallega para exhalar amargas quejas expresadas en sonoros versos.

La *Biblioteca Popular* publicó en 1880 algunas de sus poesías en el tomo *Escritoras españolas contemporáneas*, y así efectuó Sofía Casanova su entrada en el mundo literario, donde debía recoger envidiables laureles.

A partir de aquel momento su nombre apareció en multitud de publicaciones españolas y americanas, al pie de inspiradas poesías y bien sentidos artículos.

Invitada por el *Círculo Nacional de la Juventud*, dió en Octubre de 1882 una velada que presidió D. Rafael María de Labra, en la cual recogió gran cosecha de entusiastas aplausos y honrosas distinciones.

Presentada después Sofía Casanova á las augustas hermanas de nuestro malogrado monarca Alfonso XII, las infantas Dª Isabel, Dª Paz y Dª Eulalia, la lectura de sus bellísimas poesías interesó vivamente á las inteligentes princesas, que le prodigaron merecidos elogios, distinguiéndola la infanta Dª Isabel con un delicado presente.

Por último, los señores marqueses de Valmar presentaron á nuestra joven poetisa á SS. MM., ofreciéndose con este motivo S. M. el Rey á costear la publicación del libro de versos de Sofía Casanova, que ha visto la pública luz con general aplauso, mereciendo de la prensa española y americana las más entusiastas felicitaciones.

La índole especial de nuestra revista no nos permite escribir una biografía extensa para que acompañe á los retratos de mujeres notables que figuran en nuestra galería; pero ésto no será ciertamente obstáculo para que, al consignar los principales acontecimientos de la vida literaria de Sofía Casanova, dejemos de dedicar algunas líneas á su personalidad poética.

Sofía Casanova, si bien en momentos dados se expresa con energía varonil, siente por otra parte con la delicadeza exquisita peculiar á la mujer, y en sus versos, aun al tratar de resolver pavorosos problemas sociales, resplandecen notables arranques de infinita ternura.

Una melancolía dulcísima se puede decir que presta mágicos reflejos á todas sus composiciones, hijas del sentimiento, del dolor en su expresión más simpática y bella: por esta razón los trabajos literarios de Sofía Casanova serán leídos siempre con creciente interés, porque palpita en ellos un corazón entusiasta, un alma noble y soñadora, eternamente dispuesta á cantar lo grande, lo hermoso, lo sublime y lo santo, con armoniosísimos acentos.

Un alma tan bella como la de nuestra poetisa, buscó grato refugio en un cuerpo hermoso también. Sofía es rubia, blanca, con dulces y expresivos ojos, hallándose revestida toda su persona de un atractivo tal, que no es posible verla sin sentir por ella verdadera simpatía. Por su talento, por su belleza, por su carácter esencialmente cariñoso, donde quiera que dirija su paso encuentra lisonjera acogida, logrando en brevísimo tiempo conquistarse un nombre en el mundo literario.

Sofía Casanova es muy joven, tiene apenas empezada su brillante carrera; pero es indudable que el porvenir le guarda señalados triunfos, que serán siempre justamente merecidos, pues atesorando, como ya hemos dicho, talento, bondad y belleza, tres elementos principalísimos que difícilmente se encuentran reunidos en una sola personalidad, la convierten en un sér eminentemente simpático y privilegiado.

Nosotros, al publicar el retrato de Sofía Casanova, rendimos merecido homenaje á las cualidades que concurren en la joven poetisa ventajosamente conocida en los círculos literarios madrileños, y honramos nuestra *Galería* con el nombre de una mujer ilustre destinada á ser preciado ornamento de la literatura española, por cuyo motivo, al terminar estos breves apuntes biográficos, enviamos á Sofía Casanova nuestra más sincera y entusiasta felicitación.

Madrid, 1887. JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

SELGAS.

(DEL LIBRO «MIS AMIGOS.»)

Hada me impresionó tanto en los primeros días de mi vida literaria, como un libro intitulado: «La Primavera y el Estío.»—Son los versos más tiernos, más dulces y más sanos que han caido en mi biblioteca.—Hablan allí las flores, las nubes, los arroyos, las fuentes, las brisas y las aves.

Hay violetas que reinan, claveles que son emperadores, sauces que lloran filosofando, laureles que despiertan ambiciones de gloria, y entre tantos dulces engaños, pensamientos como astros por su brillo y su tamaño, y ternuras como arrullos de niño ó confidencias de virgen.

El autor de ese precioso libro es D. José Selgas y Carrasco.

Era yo, cuando leía esas páginas, un niño que ya hacía versos y que por ésto amaba entrañablemente á cuantos como yo medían renglones, fueran ellos grandes ó pequeños, viejos ó jóvenes y nacionales ó extranjeros.

Si yo llego algún día—me dije entonces—á conocer á Selgas, le he de dar un abrazo tan estrecho y tan largo, que tendrá que reprenderme por tosco y por impertinente.

Esto que pensé lo dije á un amigo en uno de los corredores de la Escuela de Agricultura, allá cuando era D. Joaquín Varela Director, y cuando todavía no sacaban á las trincheras de la revolución los más bellos aparatos de física que tuvo en su gabinete dicho colegio.

Ni puedo ni intentaré describir con qué entusiasmo recitaba los versos de la «Primavera y el Estío,» ni diré tampoco cómo llegué á aprender todos de memoria, y cuánto me hacían reflexionar en medio del más puro romanticismo, siempre que en algún jardín los recordaba en presencia de las dalias, claveles, mirtos, violetas y musgo que á mis ojos aparecían como los vivos personajes de mi predilecto poeta.

Sabía yo que á Selgas lo había protegido el conde de San Luis; sabía que su original prosa cautivaba á todos los lectores, y que ningún periódico dejaba por entonces de engalanarse, en todas las tierras donde se habla español, reproduciendo artículos como «La Luz,» por ejemplo, que son ricos tesoros de altos pensamientos.

El tiempo, ó para determinarlo más, los años, pasaron, y llegó un día, cuando Selgas ya no estaba en boga como poeta, pero si ocupaba un cómodo sillón de la Real Academia, en que yo llegué á la coronada villa, y sin respeto á los demás ni miedo á mis débiles fuerzas, me solté leyendo versos en todas las partes en que me soportaban tan empalagosa lectura.

Mi pensamiento dominante era conocer, hablar y tratar á Selgas, pero no encontrándolo al paso, me decidí á indagar su domicilio; pronto me lo dijeron y fuíme á buscarlo con el afán del que pronto ha de ver realizada una ilusión muy vieja.

Selgas vivía entonces en un tercer piso, en la mayor modestia, pobre y olvidado.

Dí mi tarjeta, me hicieron pasar á una pequeña sala, y no habían trascurrido tres minutos, cuando apareció un hombre delgado, de regular estatura, entrado en años, con gran frente, ojos pequeños y expresivos, nariz larga, con bigote caido sobre los labios y una poblada pero pequeña piocha saliente, que daba á su rostro un perfil característico.

Me saludó cortesmente y como si nos conociéramos de tiempo atrás; le dije cuán grande era mi afán de tratarle, y me explicó en períodos cortos y elegantísimos, brillantes y naturales, semejantes á sus artículos, su vida y sus tareas literarias.

«Ya vé usted, me dijo, que mientras la pobreza me tiene más bajo, yo vivo más alto; soy muy pobre, y poseo la mayor de las riquezas, porque carezco de apetitos caros; busco á mis amigos viejos porque ya no me ven mis viejos amigos, y cuando alguno viene á buscarme, como usted, por ejemplo, para hablarme de lo que no son deudas, ni rencores, ni política, me siento feliz y me comprometo á servirle en todo lo que me crea útil, ya que no fuí con oportunidad útil para todo lo que podía servir.»

Lo quise desde que leí sus versos, me cautivó cuando le oí hablar, y me enorgullezco de haber sido también, desde aquella vez, uno de sus amigos que nunca dejaron de buscarle.

Era como me lo había figurado, igual á como pensaba, á como escribía, á como hablaba.

Hay entre el hombre y el poeta una gran diferencia; hay hombres inmorales que sólo escriben de moral, poetas que en sus versos son verdaderas palomas, y que en la vida real no hay tigre hircano que se les compare.

Selgas era como escribía: dulce, original, sincero y siempre honrado, á todas horas honrado.

Desde el dia en que fuí á verle, no dejé de subir dos ó tres veces por semana las altas escaleras de su casa, y me causaba asombro ver en tan triste posición social á un hombre de tan claro talento.

A poco tiempo se fué á Murcia, volvió dos meses después á Madrid, y un dia vi que se detuvo á la puerta de mi casa un carruaje, cuyos cocheros vestían la lujosa librea de los Ministros de la Corona.

Bajó del coche un caballero que subió con gran rapidez la escalera y llamó á mi puerta; le hicieron pasar á la sala, salí á verle, me abrió los brazos y yo lo estreché entre los mios: era Selgas, mi poeta querido, nombrado por el General Martínez de Campos, Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros.

—Vengo á decir á vd., me dijo, que soy el de siempre; aunque tenga yo muchas ocupaciones, bastará con que me den su nombre para que pase á hablarme en todas partes, y sepa que á mi sala de oficina irán por la tarde mis amigos viejos como Cañete, Fernández Guerra y otros, y hablaremos mucho de letras.

Cuando se retiró de casa, salí á ver aquel coche en que era saludado con respeto por cuantos le encontraban al paso, un hombre que me había dicho al oído con la mayor modestia del mundo: «para vd. sigo de persona, no se asombre de los que hoy hagan reverencias al personaje, esos no subieron nunca seis escaleras de mi antigua casa.»

Guardo con profunda veneración las cartas de Selgas, escritas desde Murcia, todas autógrafas, y las que puestas por su escribiente me dirigió en contestación de algunas mias cuando ya era Subsecretario.

Hay entre éstas una que revela lo mucho que le complacía servir á sus amigos.

Sucedió una vez que al llegar á mi casa, mis viejos porteros se me acercaron llorando y diciéndome con voz entrecortada: «Señorito, sólo á vd. á quien visita su excelencia el de la Presidencia del Consejo le podemos contar nuestra pena de hoy.»

—¿Qué pasa? les pregunté. . .

—Nuestro hijo José ha caido en quintas y va ser soldado sin remedio; sálvelo vd. por sus benditos padres.

Víme enfrente de dos ancianos arrodillados llorando y que toda su confianza la ponían en mí por ser amigo de su excelencia.

Fuí á buscar al inminente autor de *La Manzana de Oro* y le pregunté: ¿será imposible salvar á un mozo navarro que ha caido en quintas y que no tiene defecto corporal que lo liberte del servicio, ni reemplazo ni ocho mil reales para salvarse del rigor de la ley?

—Para vd. no hay imposibles, habrá dificultades; mañana le contestaré á vd.

Hay que advertir que el Gral. Martínez Campos desempeñaba la cartera de Guerra á la vez que la Presidencia del Consejo, y podía mi Subsecretario llevar su influencia cerca del Ministerio militar.

¿Qué hizo Selgas para servirme? No lo sé; alguien me habló de dificultades insuperables y de grandes pasos, pero él buscó un medio de hallar salida al asunto, correspondió á mis deseos y, como me lo ofreció, al otro dia recibí una carta suya de su puño y letra, que dice lo siguiente:

«Queda obsequiada su petición. En ésto y en todo lo que se le ofrezca le servirá gustoso su amigo *Selgas*.»

Mis porteros lloraron de alegría, y el mozo, artesano muy laborioso, quedó al lado de ellos, ayudando con sus ganancias á endulzar la vida de sus padres.

Cuando cambió el Gobierno, Selgas volvió á su vida tranquila; yo me despedí de él casi con lágrimas, y á los pocos años de estar en México, tomé una mañana un periódico y me encontré la siguiente terrible noticia: «el cantor de las flores ha muerto.»

¡Qué dolor tan intenso sintió mi corazón! ¡qué profundo pesar embargó mi alma!

Era todo un poeta caballero, era un gran talento y un gran corazón.

Parecía uno de esos trovadores de antiguas edades que lo mismo tañían la lira como exponían su sangre por la defensa de sus ideas.

Selgas estaba señalado por algunos, como fanático y carlista. Jamás hablé con él de nada que contrariara su fe religiosa ni su fe política.

Ni del Papa ni de D. Carlos hablamos nunca, porque á mis amigos los admito y los quiero como son, sin que para mi cariño ni para mi respeto sean obstáculos sus ideas, sus defectos ni sus costumbres.

Grilo escribió un precioso soneto á la muerte de su inolvidable amigo, primer prologuista de sus versos.

No puedo ni podré olvidar nunca á tan esclarecido poeta, á tan honrado padre, á tan leal amigo.

¿Hay alguien que diga que en el pueblo no reside la virtud del agradecimiento?

Yo le enseñaré, junto con los autógrafos que poseo de Selgas, una pequeña carta escrita, con malísima letra, por el portero que tuve más de dos años en la casa de Madrid, en que me dice:

«Mi hijo José (el salvado de quintas), mi Alejandra y yo, hemos mandado decir ayer seis misas por el alma de su excelencia.»

Su excelencia era Selgas, que, con el tratamiento de *inmortal* es hoy gloria de España, orgullo de las letras castellanas é inolvidable recuerdo de mi corazón.

¡Duerma en paz el dulce cantor de la Primavera!

Nuevas aves y nuevas flores coronarán de cantos y de esencias su tumba en el cementerio, como coronan los aplausos de los hombres que sienten, su nombre en el campo de la gloria.

México, 1887. JUAN DE D. PEZA.

CRÓNICA DE LA MODA.

A llamado la atención en el concurso hípico una capota hecha de alas de flamenco erizadas.

Figúrense mis queridas lectoras dos alas color rosa abiertas, formando los costados aplanados sobre la cabeza; delante otras más pequeñas dispuestas irregularmente, y por fin otra en penacho que sobrepuja las demás, y tendrán la idea de este lindísimo sombrero, que sólo puede ser llevado por una señora de suprema elegancia.

Los trajes se presentan sumamente originales: grandes cuadros, ó mejor una raya de seda rompiendo la monotonía de un fondo ceniza, marín, etc., ó bien dos rayas que se armonizan perfectamente: no se usa nada que sea chillón.

El traje se dispone en *cola de pollo*, así denominado por no prolongarse mucho el pouf y hacerse elevado: un aro mantiene el traje en la disposición deseada; el segundo aro que se usaba se ha suprimido.

La última moda en telas lisas es el color serpiente, ó víbora, como otros llaman: es el mismo color en infinidad de tonos grises verdosos, grises terrosos combinados, y rota la monotonía con pasamanería ligera y perlas cruzadas formando un ligero cordón ó pequeños brandeburgos que salen de una pasamanería perlada.

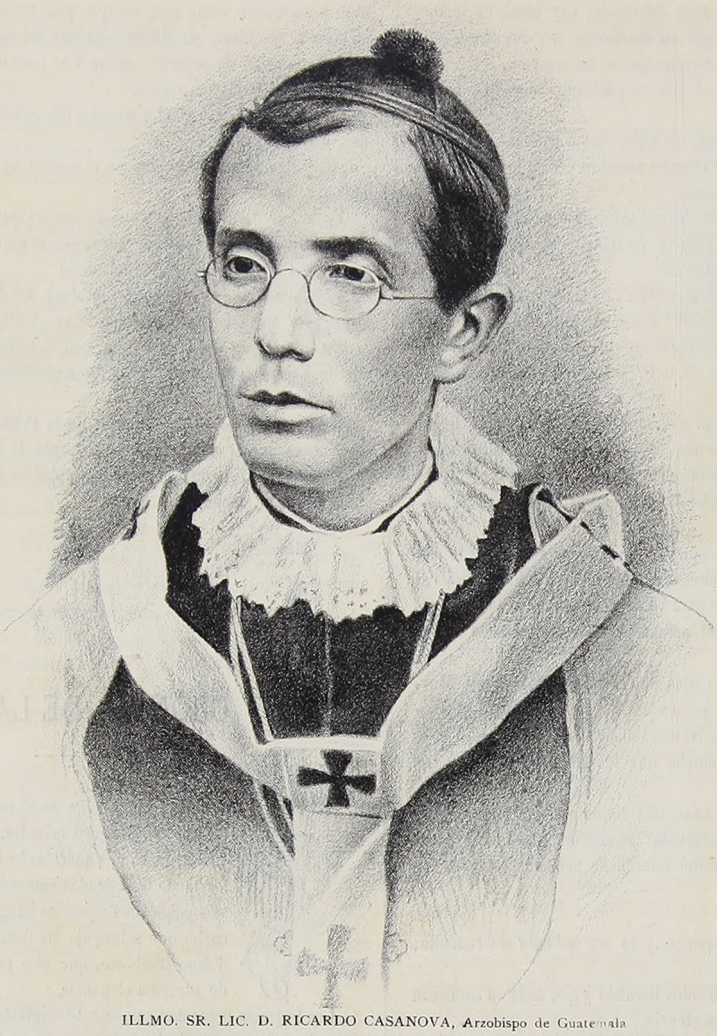
El traje de calle que se usa más generalmente se hace de tejido hilo á cuadros ó rayas. La falda recibe uno ó dos plegados de lana lisa, y la túnica se levanta por un lado mientras el segundo se pliega, así como los paños posteriores.

El cuerpo se hace de faldón redondo, hendido detrás con fichú anudado en el pecho, debiendo especialmente hacerse resaltar la elegancia del talle, para lo cual debe escogerse preferentemente el traje que siente bien antes que la mucha novedad.

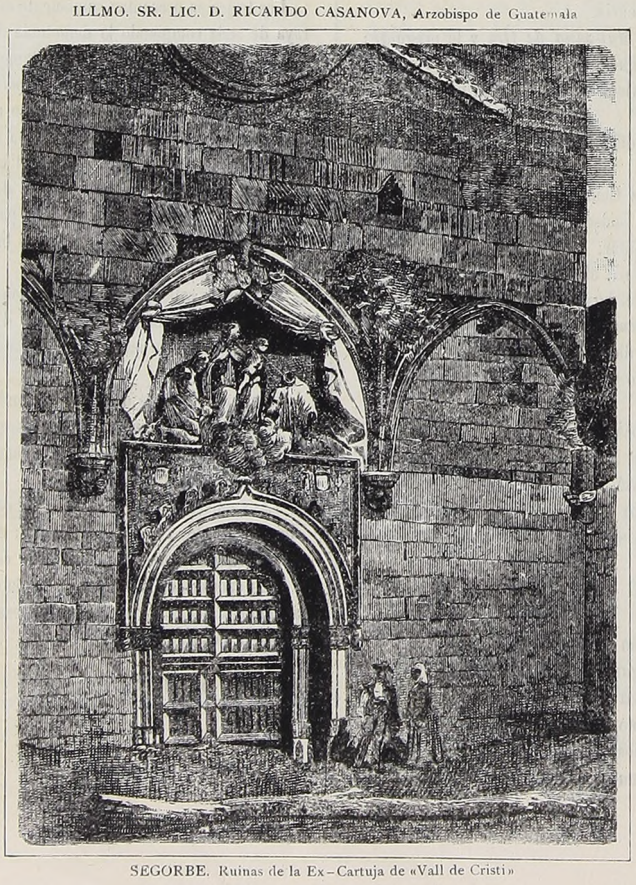
Las camisas última moda tienen plastrones plegados y piezas bordadas, ó un simple entredós realzado con encaje: mangas elegantes. Para las de noche la moda requiere batista con mates de color y festonados con un cordón surtido.

Las camisas clásicas son de madapolán ó fino percal: unas están cerradas al lado con bordado; otras son princesas con jareta que forman el cuello; otras de pieza cuadrada, etc.

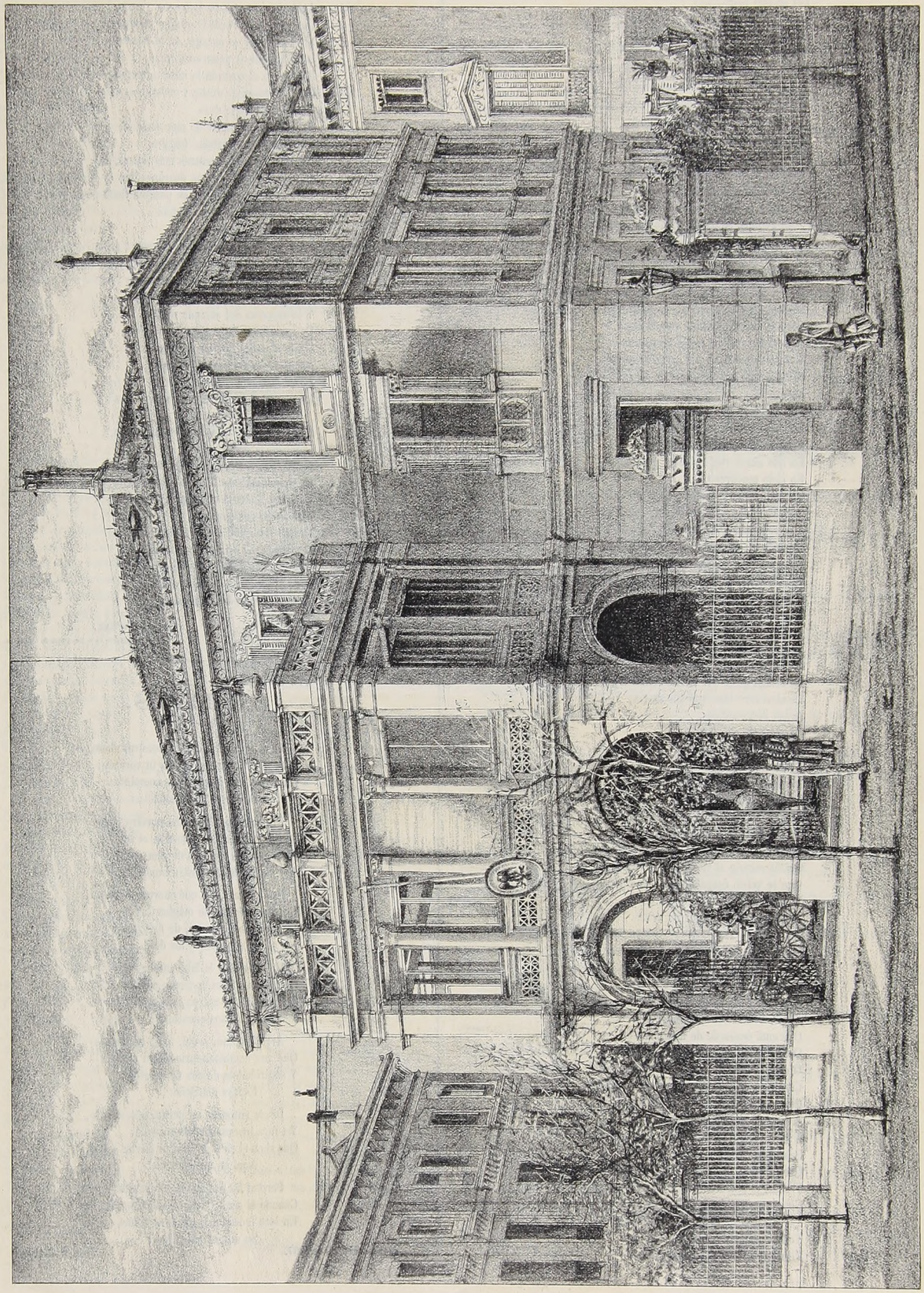
París, Mayo de 1887. CORALIE DE L.



ILLMO. SR. LIC. D. RICARDO CASANOVA, Arzobispo de Guatemala



SEGORBE. Ruinas de la Ex-Cartuja de «Vall de Cristi»



LEGACIÓN DE MÉXICO EN MADRID

LA LANGOSTA.

(Año de 1881.)

Todo se agita y sufre en las corrientes
Del mundo palpitantes,
Como un haz infinito de serpientes,
O inmensidad de astillas arrojadas
A los vientos por hachas invisibles
De incógnitos gigantes,
Para aturdir del hombre las miradas
Con guarismos al cómputo imposibles;
De la langosta así los escuadrones
Que arma el hambre de espadas invencibles,
El espacio atraviesan insondable
Velando el sol, la luna, las estrellas,
Imitando tal vez en raudas huellas
La oculta acción de submarino cable.
El hombre se pasmó de horror, sintiendo
Aquel vértigo alado que pasaba
Su vidriosa pupila estremeciendo;
Y su número estático contaba
Y más contaba—así como el avaro
Su oro, cuando con él sueña despierto—
Pero al fin lo imposible viendo claro,
Dejó la cuenta que inició inexperto.
Siniestra aparición que causa el mismo
Estupor que espantosa pesadilla
En que hierve á los pies hórrido abismo
Do todo rayo por su ausencia brilla,
En que vemos espectros gemebundos
Formando torbellino doloroso,
En que oimos rugir vientos profundos
En cielo tenebroso,
En que grifos, esfinges y panteras
Danzan al són de enormes chirimías
Y al resplandor de cárdenas hogueras,
Remedando del crimen las orgías....
Natura en sus misterios insondables
Remueve nuestro sér de vez en cuando,
Mas no ya con fruiciones inefables,
Sino hondamente la razón turbando.
¿De dónde y á qué viene esa infinita
Legión de insectos que pavor infunde,
Como carcax que agita
La aciaga peste que en los senos hunde
De simientes humanas sus saetas,
Acaso desprendidas
De colas de cometas
Por los siglos urdidas?
Los viejos Faraones
También acaso tal pregunta hicieron
Cuando esos misteriosos escuadrones
Llegar á Egipto amedrentados vieron.
Los candentes martillos que forjaron
De Israel las cadenas,
Quizás escoria al viento dispersaron
Que se volvió después nubes de antenas,
Y conciencias estultas despertaron
Al escozor de horripiladas venas.
. . . . . .
Las Tablas de la Ley fueron cifradas
Tal vez del Nilo en la desierta orilla,
Y en el seno de tierras desoladas
Nació de Libertad primer semilla.
¿Es bendición ó azote ese torrente,
Que cual desborde de iracundo río,
O del volcán sulfuro incandescente,
O del alud el pavoroso frío
Convierte en yermo el bosque y la pradera,
Quita su veste á robles centenarios,
A las palmas marciales su cimera,
A la vid sus racimos ó incensarios,
Sus perlas á las próvidas espigas;
Quebranta el junco que huracán respeta,
Y hasta el antro en que moran las hormigas
Con su presencia asoladora inquieta?
Estéril destrucción es imposible;
Todo el soplo de Dios consigo lleva
Y lo que toca Dios es invencible,
Nada muere pues todo se renueva:
Surge la mariposa del gusano,
El cisne de la yema renegrida
Como albo lirio del inmundo guano,
Y el laurel de los bordes de la herida.
Tras el ardor de juventud hirviente,
Tras ensueños de rosas y alabastro
Aparecen arrugas en la frente
Que son de la Verdad pródigo rastro.
Si el porvenir se encoge, en la memoria
De lo pasado el panorama crece,
Porque en el corazón la muerta historia
Con el tiempo se exalta y embellece.
Aun la dicha que dura
Instantes como albor de una mañana,
Entre ilusión y realidad fulgura
Mucho más bella mientras más lejana;
Que de intensa emoción desvanecida
La vibración que queda en pecho ardiente
Es por algo infinito convertida
En eco permanente;
Como la abeja que la flor consume
En miel retorna el rápido perfume,
Y en el arco que forma el horizonte
El borrascoso mar es manso cielo,
Y la aspereza del abrupto monte
De inmaculado azul límpido velo,
Hasta el delito genitor de ruina
Puede ser pedestal en lo futuro
Como deja más amplia la retina
Largo sufrir en calabozo oscuro.
Castigo en apariencia
Es esa conmoción que asuela el campo,
Como es la penitencia
Noche que acaba en refulgente lampo.
La inundación del Nilo es pronto savia:
Cual hoz inmensa en su principio siega,
Mas luego desagravia
Cuando fresco al arado el limo entrega.
Los Bárbaros así de fuerza henchidos
Retoños dan donde la edad devora,
Y de la Cruz los brazos doloridos
Ciñen á Erebo de inmortal aurora.

Rafael Núñez,
Presidente de la República de Colombia.

RIMAS.

Te acuerdas? Acordes nuestras almas,
Latiendo al par que el mio tu corazón,
Nuestra dicha juzgábamos completa,
De eterna duración!

Ni una nube empañaba nuestro cielo
Donde radiante se ostentaba el sol,
Ni la sombra siquiera de una pena
Turbaba nuestra unión!

Mas ahora.... A qué enorme distancia
De aquel tiempo de mágica ilusión,
De dulces esperanzas, de delicias
Nos hallamos los dos!

Un capricho, la falsa inteligencia
Que en mal hora tu mente concibió,
Del cariño que eterno pareciera
Los lazos quebrantó!

Arrojándome, cruel, á las tormentas
Que aun combaten furiosas mi razón
Y sugiriéndote deseos de hacerte
Esposa del Señor!

Desde entonces mi pecho, desconfiado,
Tu rara inconsecuencia recordó:
Que si en el cielo se olvidan ciertas faltas,
Aquí en la tierra no!

Pero al fin del camino de la vida
Cuando al seno volvamos del Creador,
En lazo indisoluble nuestras almas
Se unirán ante Dios!

México, Mayo 30 de 1887.

José F. Moreno.

MINIATURAS.

I

De mis íntimos amigos
Sólo hay uno que me aprecia:
Un sér que con mi deseo
Continuamente está en guerra.
Cuando peno, mis pesares
En vano aliviar intenta,
Pues como mortal yo sufro
Y él sobre lo humano impera.
Enojo causarme suele
Su debilidad funesta,
Porque todos mis antojos
Avasalla á la prudencia.
De fijo el lector saber
Querrá qué entidad es esa,
Que siempre pegada á mí
Va como al muro la hiedra....
Es el infeliz espíritu
Que en mi cuerpo se aposenta;
Es eso que llaman alma
Los sabios y los poetas,
Y que obliga á los mortales,
Ya les plazca ó bien no quieran,
A vivir en este mundo
¡De podredumbre y miseria!

II

Paso por su lado y ella
Ni sus ojos fija en mí,
Y, como la adoro tanto,
Siento el corazón latir.
En vano de mi amargura
Pretendo lograr el fin....
De su corazón la nieve
No me es fácil derretir.
¿Por qué Dios un alma dióme
Tan pobre, tan infeliz,
Que, sin esperanza, aun quiere
De la esperanza vivir?

España. ENRIQUE FRANCO.

LA LUZ MALA.

(TRADICIÓN ARGENTINA.)

Larga tropa de carretas
Atraviesa la llanura,
Bajo la eterna hermosura
De los ardientes planetas.
Al tardo paso sujetas
De los bueyes, entiladas,
Salvan lomas y quebradas,
Y en el trébol florecido,
Haciendo áspero rüido,
Hunden las ruedas pesadas.
Vense allí en el claroscuro,
De mil vagos resplandores,
Oscilar sus conductores
Sobre el pértigo inseguro.
De llegar no tiene apuro
A su rancho el picador,
Pero, músico y cantor,
Entretiene su camino
Con algún *triste* argentino
Que llora ausencia de amor.
La Cruz de Sud, suspendida
Sobre los campos desiertos,
Tiende los brazos abiertos
Hacia la tierra dormida.
Y en la sombra sumergida
Aquella inmensa región,
Llena de mística unción,
Por el trébol perfumada,
Está á sus plantas postrada
Como en perpetua oración;
Súbito brilla á lo lejos
Una luz . . . . la luz maldita,
Cuya historia nunca escrita
Saben jóvenes y viejos,
Vedla: lanza mil reflejos;
Se detiene y humo exhala;
Incendia el campo; resbala
Retorciéndose maligna;
Y cada uno se persigna,
Murmurando:—«La luz mala.»
—«Es el alma de un hermano,
Que desterrada del cielo,
Solitaria y sin consuelo,
Vaga errante por el llano;
Un espíritu cristiano
De crüeles ansias lleno,
Que, de la noche en el seno,
Nos ha pedido otras veces
Una cruz y algunas preces
Que lo tornen justo y bueno.»
Así dicen, y entretanto,
Esquivando sus destellos
Rezan juntos todos ellos,
Olvidados ya del canto;
Y ven, trémulos de espanto,
Cómo la luz resplandece,
Y chispea y desparece,
Y con nueva brillantez
Ilumina, y cada vez
Más y más grande parece.
Ora se hunde en el bajío,
Ora corre por la loma,
Pero siempre avanza, y toma
Por momentos nuevo brío.
Del horizonte sombrío
Se aproxima á cada instante,
Y hacia atrás y hacia adelante
Huyen las sombras inquietas,
Y se acerca á las carretas
Como un ojo centellante.
Y, mientras lleno de horror,
Tras esfuerzos sobrehumanos,
Se cubre con ambas manos
Todo el rostro el picador,
El penacho de vapor
Suelto al aire, rauda, altiva,
Rumorosa y convulsiva,
Cual un potro desbocado,
Pasa hirviendo por su lado
La veloz locomotiva.
Mal haceis vuestro camino
Paso á paso y lentamente,
Al alcance del torrente,
Antiguo pueblo argentino.
¡Cantad himnos al destino,
Y cuando en noche serena
Brille una luz, no os de pena,
No temais, criollos, por eso,
Que en las vías del progreso
La luz mala es la luz buena!

América del Sur. RAFAEL OBLIGADO.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

—Es vd. muy dueño; yo espero que mi hija no volverá á recaer.

—Creo lo mismo. Adiós, Candidita; anímese vd. para hacer otra expedición. Ese desvanecimiento es hijo de su debilidad física; el paseo fortalece, vigoriza; vd. debe pasear.

—¿Vendrá vd. mañana?

—No sé, tal vez no pueda venir: quiero ir á ver el Museo provincial y el de Antigüedades.

—Acuérdese vd. de mi petición.

—Le prometo á vd. no volver más aquí sin noticias de él.

—Cuente vd. con mi eterna gratitud.

—Esta mujer es inexorable—decía el vizconde de la Plata, atravesando las tortuosas y angostas calles del Albaicín,—es preciso apelar á medios más fuertes; lo que he dicho hasta ahora ha sido insuficiente, infructuoso.

Dejemos pasar algunos dias y después obrare; sí, es preciso obrar enérgicamente y conocer el resultado que produce mi última tentativa.

IX

El vizconde visitó la Alambra, el Generalife, los museos, teatros, casinos y cafés.

Después el palacio de Aben-Habuz, la casa Marmórea, la de la Moneda y todos los monumentos públicos.

Cuando ya hubo recorrido toda la población hasta conocerla palmo á palmo, decidió volver á visitar á la familia de Santafé.

Alberto empezaba á sentir aburrimiento. Su carácter inquieto y versátil no le permitía encontrarse bien en parte alguna.

Una mañana se levantó temprano, contra lo ordinario escribió algunas cartas y se dirigió al barrio de Albaicín.

Andaba lentamente y parecía meditar algún proyecto.

Súbitamente exclamó:—Hoy es la definitiva, hoy averiguaré si es incurable la pasión de esa mujer.

El golpe será rudo, pero sólo con grandes sacudimientos se logra sacar á la superficie lo que yace en el fondo. Sí, tengo bien madurado el plan. Atrás vacilaciones, decisión, y concluyamos de una vez.

Alberto concluyó su soliloquio al tocar el aldabón.

Marta le abrió la puerta y le condujo á la humilde salita en que hacian labor sus amas.

—Señorito, tenga vd. la bondad de esperar un poco; la señora está trenzándole el cabello á la señorita y no pueden salir en este momento. Voy á decir que está vd. aquí para que anden más listas.

—Que no se apresuren.

—Lo diré asimismo.

Cándida acababa de abandonar el lecho; su quebrantada salud no le permitía ya levantarse con la naciente aurora, cual tenía por costumbre.

En seguida que Marta les pasó recado anunciando la llegada del vizconde, no pudo continuar tranquila en su asiento.

—Mamá, déjame; ya me peinarás después: cuando el vizconde viene tan temprano, algo debe suceder.

—Si ya termino, hija mia.

—Por favor, déjame. La impaciencia me abrasa.

Cruzó algunos cuartos interiores y se presentó con el peinador y el cabello suelto ante el amigo de su amante.

Su madre la seguía.

—Querido amigo, tanto tiempo sin venir á vernos; cuánto he pensado en usted.

—Cuatro ó cinco dias, Candidita.

—Que han sido cuatro ó cinco siglos para mí. ¿Y qué noticias hay de Mario?

—No he querido venir hasta recibir carta del encargado, y ésta la tuve ayer. Siéntense vds. y hablaremos.

Doña María se puso en guardia, pues nunca esperaba buenas nuevas para su hija; mas tomando una silla dominó su emoción, y se preparó á escuchar.

Cándida se dejó caer en el sofá maquinalmente. No veia cuanto había en

torno suyo, su semblante había tomado una expresión estúpida, una paralización de autómata.

El vizconde finjió un mortal abatimiento y se expresó así:

—Señoras, ¡cuán doloroso es ser portador de sucesos infaustos! ¡Estoy desolado! Es muy cruel la noticia que tengo que comunicar.

—Por Dios, concluya vd. pronto; la más negra realidad no puede ser tan amarga, tan desconsoladora como las mil ideas que se agolpan en mi mente.

—Cándida, ten valor; cuando el vizconde está tan triste algo grave sucede; sí, yo te lo anuncio para que no te sorprenda. Y ese algo debe ser aterrador, fatal, desgarrador para tí.

—Pronto, vizconde, pronto;—gritó Cándida fuera de sí.—Yo tengo derecho á saber lo que pasa; sí, yo lo quiero saber, nadie puede disputarme ese derecho.

El vizconde callaba.

—¿Lo oye usted? ¿qué intenta? ¿quiere desesperarme? Ese silencio es infame; si calla usted por más tiempo ante el ruego de esta desgraciada, será usted un malvado.

—¡Hija mia! tú no sabes lo que dices, estás faltando á un buen amigo.

Vizconde, respete usted su estado y no se irrite contra ella.

—Pues bien, Cándida, ya que usted me obliga, hablaré cuando se tranquilice y me pueda oir.

—Sí, estoy tranquila, estoy atenta, escucho; ¡vaya si estoy tranquila! Míreme usted con qué calma le dirijo la palabra. Sí, ¡soy capaz hasta de reir! He adquirido momentáneas fuerzas con las cuales nunca había contado, estoy dispuesta á todo, ya no soy una débil mujer! ¡Vamos, que se me abrasa la cabeza!

Estas frases inconexas partían el alma de su madre; estas frases le parecían el primer período de la locura.

El vizconde ensayó un tono compungido y buscó un acento de dolor para decir:

—Mario, mi querido amigo, el gran poeta que todos admiran..... ha perdido completamente la vista.

—Cómo, ¿qué ha dicho usted? ¿está usted loco! ¡Qué disparate! ¡Mario ciego! ¡qué horror! Mentira. Eso no puede ser. Es una fábula para atormentarme. Es una calumnia. Una farsa villana que no puedo creer. Es un vil engaño. Sí, un engaño ruin.

Entretanto se rasgaba el peinador, se mesaba los cabellos, se hería en el rostro y daba fuertes golpes en el suelo con los pies.

Doña María había caido de rodillas y continuaba con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos fijos en el cielo con fervorosa actitud.

Oraba, invocaba, hacia votos, pedía, vertía lágrimas, suplicaba con ardor y era presa de una desesperación muda, que es la más cruel de todas.

Alberto, silencioso, esperaba en Cándida una reacción; quería verla recobrar el dominio de sus facultades mentales para conocer en sus frases lo que pensaba resolver acerca de Mario. Parecía estar espiando el momento en que apareciera tras la locura la helada reflexión de la mujer positivista.

Cándida permanecía yerta, anonadada.

Su triste mutismo revelaba la agonía de su alma.

Por fin, rompió en un ¡ay! cuyo eco penetró en el alma de los dos séres que la miraban.

—¿Será verdad? ¿Es posible? ¿Por qué había de engañarme ese hombre? Si yo no he hecho mal á nadie, ¿por qué se han de gozar en hacerme padecer? ¡Oh, es verdad! Mis oraciones no han sido atendidas. Dios no me escucha. Voy á perder la fe. ¡Qué desconsuelo! ¡Cómo he de vivir sin fe! Vivir entre sombras. ¡Qué horror! Afortunadamente mis dias concluirán pronto. ¡La muerte! ¡Bella idea! ¡Qué deliciosa es la muerte! ¡Sí, yo moriré, quiero á todo trance morir! ¡Ciego él! desdicha eterna.

¡Yo no quiero luz, si falta en sus ojos! Madre mía, no te aflijas. Me muero, sí, allí iremos todos juntos. Los buenos debemos reunirnos allí. Aquí abajo no hay más que miserias y desengaños. Marchemos, Madre, dí á Mario que venga con nosotros. Allí no hay ciegos, allí todos tienen luz, mucha luz; aquí vivimos en la sombra.

Tras estos ayes, inclinó la cabeza sobre el almohadón y quedó sin conocimiento.

—¡Marta! ¡Marta! trae colonia, busca éter,—exclamaba doña María—está privada, le ha dado un accidente, está fría, ¡hija de mi alma!

Marta corría aturdida buscando lo que su ama le pedía, y no encontraba nada.

El vizconde le aplicó á la nariz un pañuelo perfumado.

Cándida permanecía inmóvil.

Su madre se destrozaba á gritos los pulmones.

(Continuará.)

LA LOLILLA. Vendedora de periódicos en Madrid

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

Sofia Casanova.—Léase el artículo de la pág. 178.

Illmo. Sr. Lic. D. Ricardo Casanova y Estrada, Arzobispo de Guatemala.—Este ilustre y digno prelado de la América Central, nació en la ciudad de Guatemala en el dia 10 de Noviembre de 1844. Fueron sus padres el Sr. D. Bernardo Casanova y la Sra. Dª Dolores Estrada. Muy niño dió á conocer las excelentes dotes naturales de que se hallaba adornado, y empezó á recibir una educación esmerada al lado de sus padres. Adquirió muy en breve la instrucción primaria, y con notabilísimos progresos la secundaria, en el Colegio Seminario, á cargo entonces de los Padres de la Compañía de Jesús. En los estudios que hizo hasta recibirse de abogado, sobresalió especialmente en la clase de derecho canónico, mereciendo el aplauso y la estimación más distinguida del profesor y de los alumnos de la Pontificia y Nacional Universidad de San Carlos de Guatemala. Ocupó accidentalmente la cátedra de derecho canónico á satisfacción de todos, y sirvió el cargo de Síndico Municipal con general aplauso. En ese puesto reveló gran integridad de conciencia, entereza de ánimo y energía de voluntad, defendiendo con varonil resolución los derechos de la Iglesia. En Mayo de 1875 se sintió llamado por Dios para el sacerdocio, y muy pronto el sabio y piadoso jurisconsulto, que había sido un modelo del perfecto cristiano, empezó á ser un ejemplar del verdadero y perfecto sacerdote de Jesucristo. El cargo de Sacristán mayor de la Iglesia Catedral Metropolitana y el de Promotor Fiscal de la Curia Eclesiástica, fueron los dos que, con gran pureza de conducta, extraordinario celo por el bien de las almas y dedicación asidua al cumplimiento de su deber, sirvieron de pedestal al trono de Príncipe de la Iglesia Arzobispal de Guatemala, en que hoy se encuentra colocado, objeto de la veneración del clero y del pueblo. Este joven y virtuoso Arzobispo observa una austeridad de costumbres privadas verdaderamente admirable. Ha dirigido varias cartas pastorales, tan instructivas como edificantes á sus diocesanos. La Arquidiócesis Centro Americana se promete, con justicia, grandes bienes de tan insigne Prelado.

Segorbe. Ruinas de la Ex-Cartuja de «Vall de Cristi.»—En la provincia de Castellón de la Plana, no lejos de Segorbe, aunque enclavada en el término de Altura, erguíase la Cartuja de *Vall de Cristi*, fundada en el siglo XIV por el infante D. Martín, hijo segundo de D. Pedro IV de Aragón, que sucedió á su hermano D. Juan en la corona de aquel importante reino. Sábese que las obras principiaron por los años de 1386, y que la iglesia no se terminó hasta el de 1400, consagrándose en Noviembre del año siguiente, á cuya ceremonia asistió el Monarca aragonés en persona.

Como tantos otros de su clase, este curioso monumento arquitectónico ha sido rudamente maltratado por las injurias del tiempo y el abandono de los hombres, hallándose desde mediados del presente siglo convertido en venerable ruina, aunque no del todo despojado del sello de su antigua grandeza.

En la pág. 180 damos el grabado que representa la portada de la iglesia en la fachada principal, cuyas severas líneas son todavía objeto de admiración para el artista.

Legación de México en Madrid.—Con gusto reproducimos la fotografía de este espléndido edificio, para que vean los mexicanos que su Nación está muy bien representada hasta en los menores detalles. El digno Ministro de México, historiador, novelista y poeta, es también un hombre del *beau monde* que no desdeña el lujo y las costumbres aristocráticas. Numerosos é importantes amigos tiene el Sr. Riva Palacio en Madrid, pues antes de ser Ministro de México conocían allá sus méritos y su sincero afecto hacia todo lo español. El hotel ó casa-palacio que ocupa el Ministro de México, se halla situado en el aristocrático barrio de Salamanca, en la calle de Serrano, teniendo por vecina á la célebre duquesa de la Torre, una de las mujeres más hermosas de España, y la que impone la moda en los círculos aristocráticos.

La Lolilla, vendedora de periódicos:—*La Lolilla*, la popular vendedora de periódicos, la inteligente enana que llamaba la atención en los teatros y cafés de Madrid, ha muerto. En estos momentos la muerte de *La Lolilla* es asunto de actualidad, no se habla más que de ella. En ese gran pueblo donde constantemente se agitan arduas cuestiones, sin duda como descanso á éstas se rinde un pasajero culto á lo frívolo. En Madrid se puso en moda al perro filarmónico, y se escribieron sus memorias; después se puso en moda á *La Lolilla*. Todos los concurrentes al café Suizo y al café Fornos, dirigían frases picantes á la enanita por el placer de oir sus agudas respuestas. La desgraciada ha muerto al ser madre: contaba 22 años de edad y sólo tenía un metro de estatura. Los primeros médicos de la Corte visitaron su guardilla, deseosos de estudiar en ella el fenómeno que se les presentaba. A su entierro, que lo ha costeado Ducazcal, el empresario de teatros tan conocido por su esplendidez, asistió tanta gente, que tuvo que intervenir la policía para poner orden. Varias coronas adornaban el pequeño ataúd, y en una de ellas se leía: A *La Lolilla, un parroquiano de Fornos.*